

La tercera aventura de
Simbad el marino



Al término de mi segundo viaje, parecía que no se podía recibir mayores bendiciones en la vida. Era un mercader inmensamente rico e influyente, con una hermosa familia y una multitud de amigos queridos. Los días transcurrían, dulces como el hidromiel, y yo los valoraba más al recordar los peligros que había pasado en alta mar. Pero el bienestar debilita la memoria, y todas las amenazas parecían lejanas y se desdibujaban a medida que despertaban en mí los deseos de retomar mi vida de viajero.

Así fue como un día volví a embarcarme con otros mercaderes para aumentar la herencia de mis descendientes. Durante el viaje conocimos nuevas tierras, nuevos rostros y culturas, a medida que nos alejábamos cada vez más de nuestra tierra natal. Una tarde vimos que el capitán no hacía más que tironearse de la barba y gemir con los ojos llenos de lágrimas. Fuimos a preguntarle qué le ocurría y él nos dijo:

—El viento traicionero nos ha traído hacia el mar que menos hubiera querido cruzar... Frente a nosotros se encuentra la Isla de los Monos. Nadie que haya desembarcado allí volvió para contarlo. ¡Estamos perdidos!

No había terminado de hablar, cuando vimos que el mar, entre la isla y nosotros, se había vuelto negro. Pero no se trataba de una cualidad del agua. Eran las cabezas de miles y miles de monos que venían nadando y nos rodeaban, mientras la playa y la vegetación de la isla sufrían, por el mismo motivo, el mismo cambio de color.

No nos atrevimos a enfrentarlos, porque eran tantos que nos hubieran ganado inmediatamente. Subieron al barco. Entonces pude ver que eran mucho más horribles de cerca que de lejos. En unos minutos, se apoderaron de todas nuestras pertenencias, dirigieron el barco hacia la playa, donde encalló, y nos obligaron a bajar a tierra.

Increíblemente, aquellos monos feos y ruidosos se las arreglaron para alejarse con el barco y nos dejaron solos, sin armas ni comida. No nos quedó más remedio que lanzarnos a recorrer la isla, donde únicamente encontramos el consuelo de unos árboles frutales y de un arroyo de agua dulce.

Desde allí contemplamos un edificio, un gran palacio blanco que nos pareció abandonado. Sus puertas estaban abiertas y entramos, impulsados por la curiosidad. En el centro de un patio enorme había unos utensilios de cocina descomunales y restos de cenizas. Nada más. Allí esperamos la noche. Al atardecer apareció un gigante mucho más feo que los monos ladrones. Tenía los ojos rojos como el fuego, los dientes desparejos le sobresalían de la boca y el labio inferior le colgaba sobre el pecho. Las orejas eran como de elefante, y se movían independientemente de la cabeza. El gigante nos miró a todos y nos palpó uno por uno, para comprobar cuánta carne teníamos. Eligió al capitán, que era un hombre bastante corpulento, y delante de nosotros lo cocinó y se lo comió. Ninguno se atrevió a hacer un movimiento por miedo a despertar de nuevo su apetito. Lo vimos recostarse en un banco grande como una casa y, sin atrevernos a dar un solo paso del miedo que teníamos, lo escuchamos roncar el resto de la noche.

El gigante se despertó por la mañana, nos echó una mirada y salió del palacio. Recién entonces nos volvió la sangre al cuerpo. Pasamos el resto del día pensando qué podíamos hacer para escapar, ya que la isla no tenía ni grandes bosques, ni cavernas, ni lugar alguno donde esconderse de un carnicero gigante y hambriento.

Uno de los comerciantes, poco preparado para la lucha, propuso que nos arrojáramos al mar, porque prefería terminar su vida bajo las olas, antes que en una fuente de horno. Otro, más aguerrido, sugirió buscar una manera de atrapar al gigante, para salvarnos nosotros y a futuros navegantes que llegaran a la isla. Yo propuse que construyéramos una balsa con las maderas abandonadas en la playa, porque lo más importante era tener una forma de salir de la isla aunque no llegásemos a matar al monstruo.

Elegí tu propio final haciendo clic en el título.

1. El deseo
2. La pata de carnero
3. El ave Roc
4. ¡A dormir!
5. La boina
6. Tres sartenes
7. A la parrilla
8. Mi libro
9. La sábana mágica
10. Las tres botellas
11. El intercambio
12. Barba negra
13. Los pinches
14. La vuelta
15. El Portal del Monstruo Marino
16. El escape del capitán
17. El Monstruo, Bolsi y el Regreso a Casa
18. El Viaje a Bagdad y la Flauta Mágica
19. El secreto de la ráfaga mágica
20. El monstruo sin dientes y la fuga del capitán

Al final, de los diez pasajeros, cuatro fueron a matar al gigante, pero murieron. Otros tres se tiraron al agua y se fueron con un barco y otros tres incluyéndome a mi armamos una balsa. Luego de tres días, encontramos en el mar un papel que decía: “escriban un deseo aquí y a la mañana siguiente su deseo se cumplirá”. Así que agarramos un palo con barro y escribimos que queríamos llegar a una isla que no fuera la de los monos. A la mañana siguiente, cuando nos despertamos y nuestra balsa estaba encallada en una isla muy hermosa.

Trinidad P.



Nosotros elegimos la idea de atrapar al gigante. Nos pusimos en marcha y agarramos los materiales necesarios para hacer una cuerda y unos troncos para hacer una espada. Esperamos a que volvieran para probar la espada, pero cuando llegó el gigante no hubo caso y se rompió la espada y por mala suerte no le pasó nada al gigante. Entonces cayó una pata de carnero y con la pata pegó a los monos que ya se habían hecho amigos y le lanzamos la pata de carnero al gigante. Los monos atacaron al gigante y terminaron encerrándolo en una jaula de acero. Finalmente, logramos escapar de la isla y contarle a todos esta valiosa aventura.

Francisco B.



Mis marineros y yo elegimos la idea de hacer una balsa porque podíamos viajar por el mar. Yo propuse nadar, pero nadie me escuchó. Aunque me di cuenta de que mi idea no servía porque el gigante nos iba a seguir, por suerte tres marineros interrumpieron la conversación y propusieron construir una balsa mágica. Ellos habían tenido una idea fantástica y después de construirla tomaron vuelo, pero el gigante nos siguió. Tuvimos que bajar a varias islas y no podíamos perderlo de vista. Hasta que, vino el ave Roc levantó vuelo y nos llevó de regreso a Bagdad.

Ignacio S.



Elegimos entre todos mi idea, pero antes necesitábamos que el gigante se durmiera para que no nos comiera. Lo que íbamos a hacer era esperar a que se hiciera de noche, pero por suerte uno de mis compañeros tenía pastillas para dormir porque el barco lo hacía marear. Lo primero que hicimos fue buscar a un mono muerto, lo agarramos y le sacamos la carne, después adentro le pusimos las pastillas y se lo tiramos al gigante. El gigante, como tenía hambre, se lo comió y como era de esperar se durmió. Mientras estaba dormido empezamos a hacer la balsa con maderas que estaban tiradas y yo fui a buscar dos cucharas gigantes para usar de remo. Después de eso el gigante se despertó, entonces decidí hacer una catapulta para matarlo. Finalmente, nos subimos a la balsa y el gigante hambriento nos empezó a perseguir, le tiré la catapulta y se cayó para atrás. Nos fuimos rápido de ahí y en el medio del mar nos chocamos con un barco que resultó ser uno que nos venía a buscar, así que nos subimos al barco y zarpamos de regreso a casa.

Martina B.



Decidimos hacer la balsa y como no había lugares para esconderse nos dimos cuenta que si le dábamos algo de comida se dormiría profundamente y así fue. Mientras dormía el gigante, recolectamos maderas. Después de unos días nos habíamos quedado sin maderas. Pero, vimos que el gigante tenía un collar con una piedra hermosa y necesitábamos esa piedra para completar la balsa. Mientras recolectábamos comida para el gigante, uno de mis compañeros encontró la boina del capitán y decidimos llevarla en honor a él.

Cuando terminamos de recolectar la comida se la dimos al gigante que se durmió profundamente, agarramos la piedra y se escuchó un estornudo tan fuerte del gigante que casi nos vamos volando para el mar. Por suerte logramos ir hasta la balsa y completarla. Cuando estábamos saliendo vimos cómo el espíritu del marinero salió de la boina para acompañarnos durante el resto de la travesía. Después de largas horas de viaje llegamos a la ciudad.

Indira A.



Después de una discusión decidimos usar mi idea. Para hacer la balsa necesitábamos madera, así que una mitad del grupo buscó madera y la otra algo con que remar. Yo fui a buscar remos al palacio. Lo único que encontramos que nos servía para remar fueron tres sartenes. Las agarramos y las llevamos con nosotros. Con todos los materiales listos empezamos a construir la barca. Al terminarla, ya era la tardecita así que nos apresuramos a subirnos. Cuando estábamos todos en el barquito empezamos a remar. En la noche, cuando estábamos un poco alejados, vimos al gigante que estaba enojado y nos gritaba a la distancia. Navegamos cuatro días hasta que llegamos a una tierra desconocida.

Helena D.



Al final usamos mi idea y además se nos ocurrió matar al gigante. Mientras nos íbamos terminó siendo una mala idea porque el gigante nos estaba esperando afuera con su parrilla. Yo exclamé “qué linda fiesta” siendo sarcástico, así que tratamos de irnos por el otro lado y funcionó, pero no fue el fin del gigante.

Los monos nos molestaban, pero no nos hacían nada y se escucharon los pasos del gigante. Teníamos miedo y para escapar por suerte encontramos el barco, pero el gigante nos encontró. Partimos sin las armas por miedo a ser devorados, pero volvimos a Bagdad sin nada, pero con vida.

Bastian A.

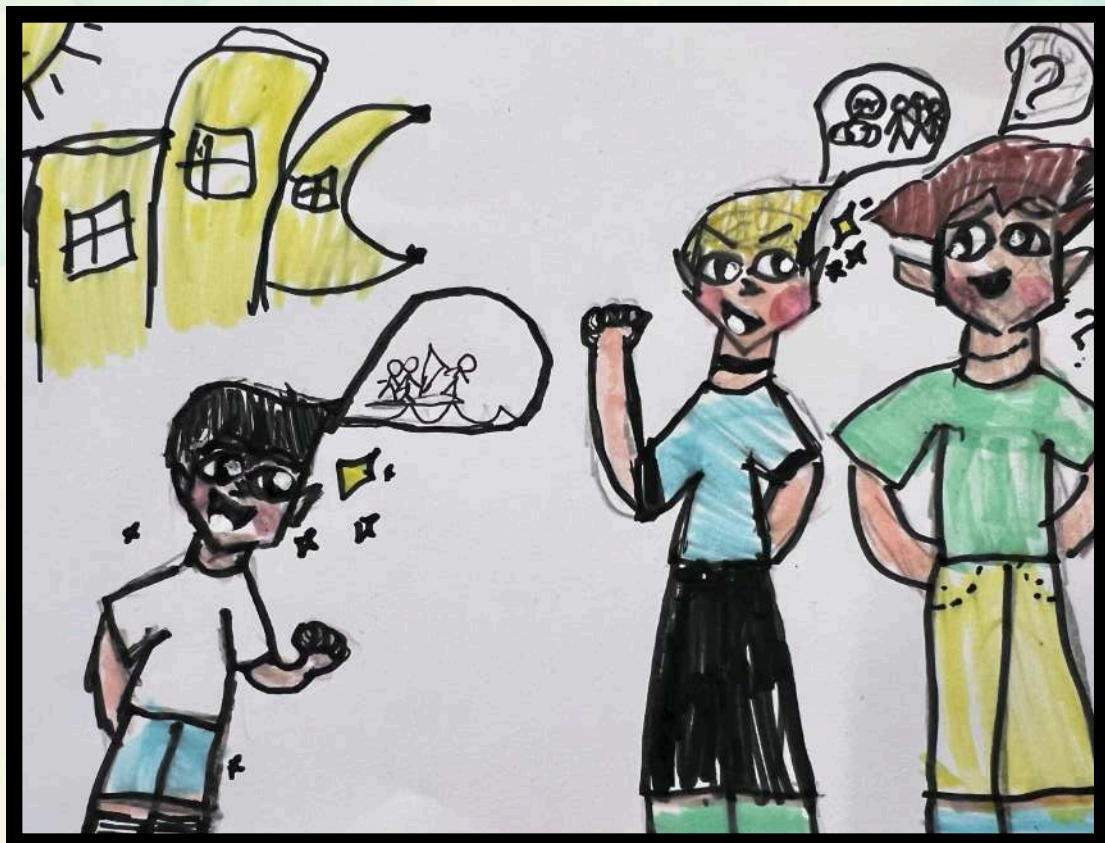


Los marineros y yo elegimos mi idea. Mientras yo planificaba la balsa, mis marineros buscaron madera. Después también elegimos la idea del marinero y atamos al gigante.

Además, tomamos una decisión más: matar a los monos para que no desataran al gigante, y dijimos que sí. Al otro día, habíamos construido la balsa y la misión de matar a los monos había comenzado. Después de 13 horas, habíamos matado a todos los monos, excepto a tres, que atamos con lianas a 10 km del gigante. Los marineros se dieron cuenta de que esos tres monos estaban viniendo porque se habían desatado de las lianas. Luchamos y luchamos hasta que ganamos, y los monos murieron.

Al final, logramos escapar, volvimos a Bagdad y les conté mi historia a todos los niños. Nos hicimos famosos, fue increíble, e hice muchos libros con mi historia. Al principio, solo tres personas habían leído mi libro, pero después todo Bagdad lo estaba leyendo.

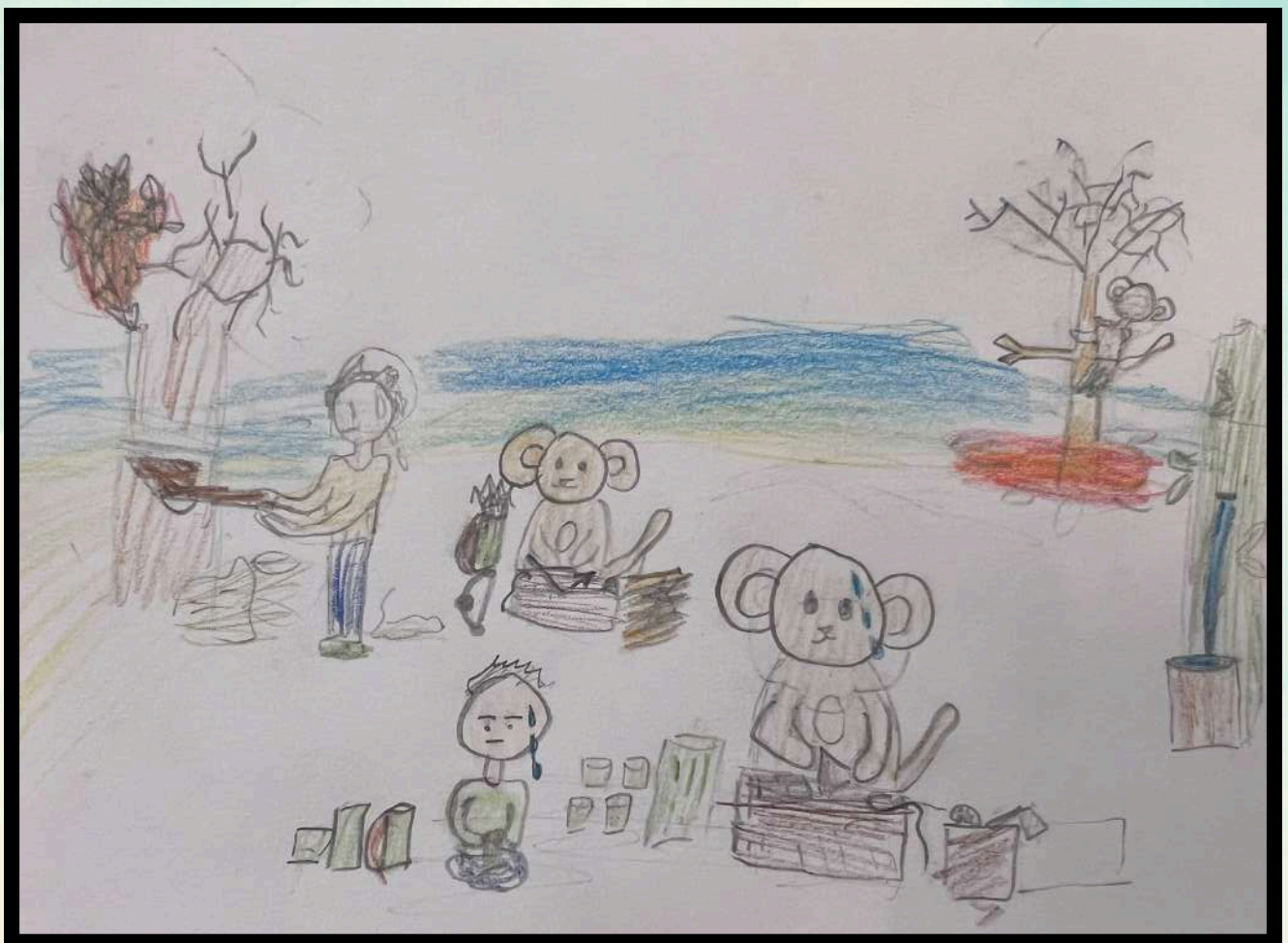
Josefina L.



Planeamos hacer un arco y flechas con tres hojas y tres troncos. Así logramos fabricar el arco y las flechas. De repente, mis marineros y yo encontramos una sábana mágica. Esa sábana podía volar muy alto y llevarte al lugar que quisieras. Entonces, mis marineros y yo la escondimos en un lugar para que nadie pudiera encontrarla. Después discutimos, porque nadie quería acercarse al gran capitán, que estaba durmiendo en un banco gigante del tamaño de una casa.

Al final, dije yo: "¡Yo me acercaré al gran capitán!". Aunque tenía un poco de miedo, decidí hacerlo mientras los demás esperaban afuera. Logré defenderme, y mis marineros también. Al final, sacamos la sábana mágica que habíamos escondido debajo de la arena, y así pudimos volver a Bagdad con mis marineros y la sábana mágica.

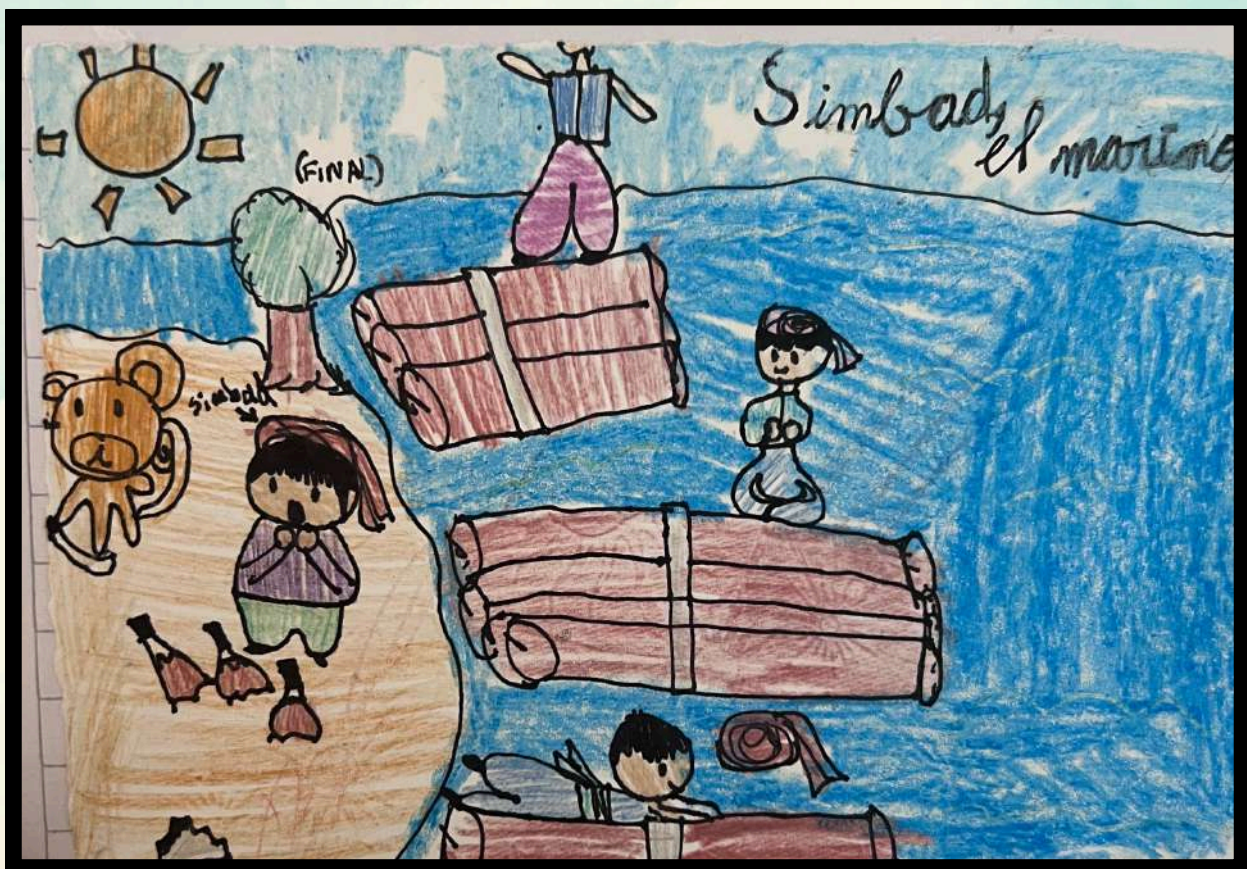
Lisa C.



Todos los marineros, luego de que dimos nuestras ideas, empezaron a proponer muchas opciones y nos decidimos por la mía. Al instante, comenzamos a construir, y nos tomó tres días completar esta misión. Pero en la tripulación éramos treinta, así que nos faltaban dos balsas. Durante los siguientes seis días, ideamos cómo íbamos a escapar. Había muchas ideas y solo nos quedaba un día para terminar la última balsa y salir de allí, así que elegimos una idea fantástica.

Al amanecer, comenzamos nuestro plan para huir. Nuestro plan fue perfecto, y todos salimos con vida. Pero, antes de irnos, encontramos enterradas en la playa tres botellas de un color extraño, medio rojizo, pero igual nos las llevamos con nosotros. Después de escapar, volvimos a Bagdad, donde, hasta ahora, conservo esas tres botellas.

Ashima A.



Los marineros y yo decidimos elegir mi idea para armar la balsa, pero como éramos varios marineros, debíamos construir un barco. Mientras buscaba las tablas, encontré en la orilla un pez de oro que me explicó que le pidiera a los monos que me dieran el barco a cambio de bananas. Pensé: "¿Y si me dicen que no?". Pero el pez me respondió: "Te van a decir que sí, son monos, les gustan las bananas. ¿Cómo te van a decir que no?". "Es verdad", pensé, y fui a intentarlo.

Al día siguiente, fui con los monos y les pregunté si cambiarían bananas por el barco, y me dijeron que sí. Entonces les di las bananas, y los monos me entregaron el barco. Avisé a los marineros que ya teníamos el barco, y todos se fueron a Bagdad.

Alejo F.



Al final, elegimos mi idea y fuimos a una isla cercana, donde estaban los monos feos y malolientes, y comenzamos a construir la balsa. Yo empecé a decirles qué debían hacer y qué teníamos que hacer para construir la balsa. Pero mi marinero guerrero empezó a pelear conmigo y dijo que no iba a hacer lo que yo decía. Entonces, mi otro marinero comenzó a construir la balsa solo, y cuando terminamos de pelear, la balsa ya estaba lista. Luego navegamos hasta una isla y encontramos una palmera que tenía cocos; tomamos un poco y descansamos sentados en la isla

. Después, el marinero que había terminado la balsa solo encontró una cruz y dijo que escarbáramos. Excavamos mucho y encontramos una carta que decía: "Ojalá lleguemos a la isla de los monos y seamos historia. Señor Barba Negra".

Cuando vimos la nota, no le dimos importancia y seguimos el viaje, pero nos llevamos unos cocos. Entonces nos fuimos y llegamos a una isla muy rara, donde nos quedamos por un tiempo.

Magdalena C.



Al final, propuse la idea de armar una balsa por la noche, porque a esa hora estarían durmiendo. Pusimos pinches al lado de la cama del gigante, así cuando se levantara no podría caminar. También llevamos monos a la cama del gigante para que al día siguiente no pudiera caminar y pensara que fueron los monos los que pusieron los pinches. Además, colocamos pinches bajo la arena para que no pudieran perseguirnos. Luego, construimos una balsa con los marineros.

Al día siguiente, el plan salió mal: los monos habían sacado los pinches por la noche y rompieron la balsa. La isla se quedó sin madera. Un mono despertó a todos, incluido el gigante, que tenía hambre y se comió a dos marineros. Después, nadamos y encontramos los restos de nuestra balsa anterior: madera, tela, vidrio, y un mono muerto. Recogimos todo, excepto al mono. Fuimos de nuevo por la noche, esta vez sin trampas, y construimos la balsa usando la tela y el vidrio como lanza, junto con la poca madera que quedaba.

El mono que había despertado a todos era el guardián de la isla, pero había otros tres. Todos empezaron a perseguirnos. Hasta el gigante saltó, pero pudimos escapar gracias a la lanza; algunos monos se ahogaron.

Lucas B.



Decidimos llevar a cabo mi idea, entonces el resto del día fuimos a buscar madera y dormimos cerca de la orilla. Al día siguiente, fuimos a armar el barco, pero el gigante se despertó con hambre y no encontró nada. Luego continuamos construyendo el barco y logramos terminarlo por la noche. Después, nos dormimos, y el más valiente fue a buscar fruta para el camino.

Tras catorce horas de viaje, llegamos a un lugar muy grande y peligroso, ya que el barco no era muy resistente, así que los tres fuimos a buscar ramas para mejorarlo.

Agustín M.



Los marineros y yo nos preguntábamos: ¿cómo escapamos? Se me ocurrió la idea de construir una balsa, y los marineros estuvieron de acuerdo. Todos comenzamos a trabajar en ella. Mientras ellos recolectaban troncos y hojas, yo me encargaba de ensamblar la balsa. Finalmente, la terminamos.

Después nos enfrentamos al enorme monstruo marino, aunque no fue nada fácil, ya que se había tragado al capitán. Dispararon balas desde el barco y, aunque estábamos agotados, casi lo derrotamos. Yo empecé a lanzar piedras afiladas como lanzas. Por fin, lo vencimos, y se abrió un portal que nos llevó a Bagdad.

Sofía F.



Todos eligieron mi idea. Fuimos a recoger maderas y cocos para comer durante el viaje. Todos se subieron al bote, pero no sabíamos hacia dónde ir. Mientras tanto, el capitán seguía atrapado en la boca del monstruo gigante, que no podía tragárselo porque no tenía dientes. Él esperó a que el monstruo bostezara para poder salir. Cuando finalmente el monstruo bostezó, el capitán logró escapar.

Al darse cuenta de que ya no estábamos, construyó una balsa. Como me conoce bien, fue en la misma dirección que nosotros. El capitán nos encontró a mis amigos y a mí, nos dijo que lo siguiéramos, y así llegamos a una isla.

Benicio B.



Mis compañeros marineros y yo nos peleamos sobre cuál de las ideas usar. Yo defendía la mía, mientras que los demás preferían la idea del más valiente. Después de una larga discusión, todos, incluido yo, acordamos seguir la idea del más valiente. Pero esa noche ocurrió algo muy triste para todos. Justo cuando queríamos dormir, apareció un monstruo aún más grande que el de la vez anterior. Se llevó a dos marineros y al que había propuesto la primera idea. Después de atraparlos, los olió y los absorbió. Nosotros lo miramos con asco mientras el monstruo ponía a las tres víctimas en un horno. En el momento en que se dio vuelta, corrimos tan rápido como pudimos. El monstruo casi atrapó a un marinero, pero yo salté sobre él y le di una patada justo cuando estaba por atraparlo. El monstruo se asustó mucho y yo bajé rápidamente, así que seguimos corriendo.

Al llegar a la playa, vi algo en el suelo. Era una bolsa llamada "Bolsi". Me preguntó qué deseaba tener, pero yo no sabía qué contenía. Entonces, Bolsi comenzó a cantar:

"Bolsi, Bolsi tiene de todo, desde carbón hasta zanahorias, oh sí, itengo explosivos!"

Al mismo tiempo, los marineros y yo gritamos "¡explosivos!" Entonces, le pedimos los explosivos porque planeábamos usarlos para matar al monstruo que había matado al capitán. Me los dio, y los lancé sobre el gigante, que explotó. Al final, construimos un barco y regresamos al lugar donde nació. Era el 2 de junio cuando llegamos a tierra firme.

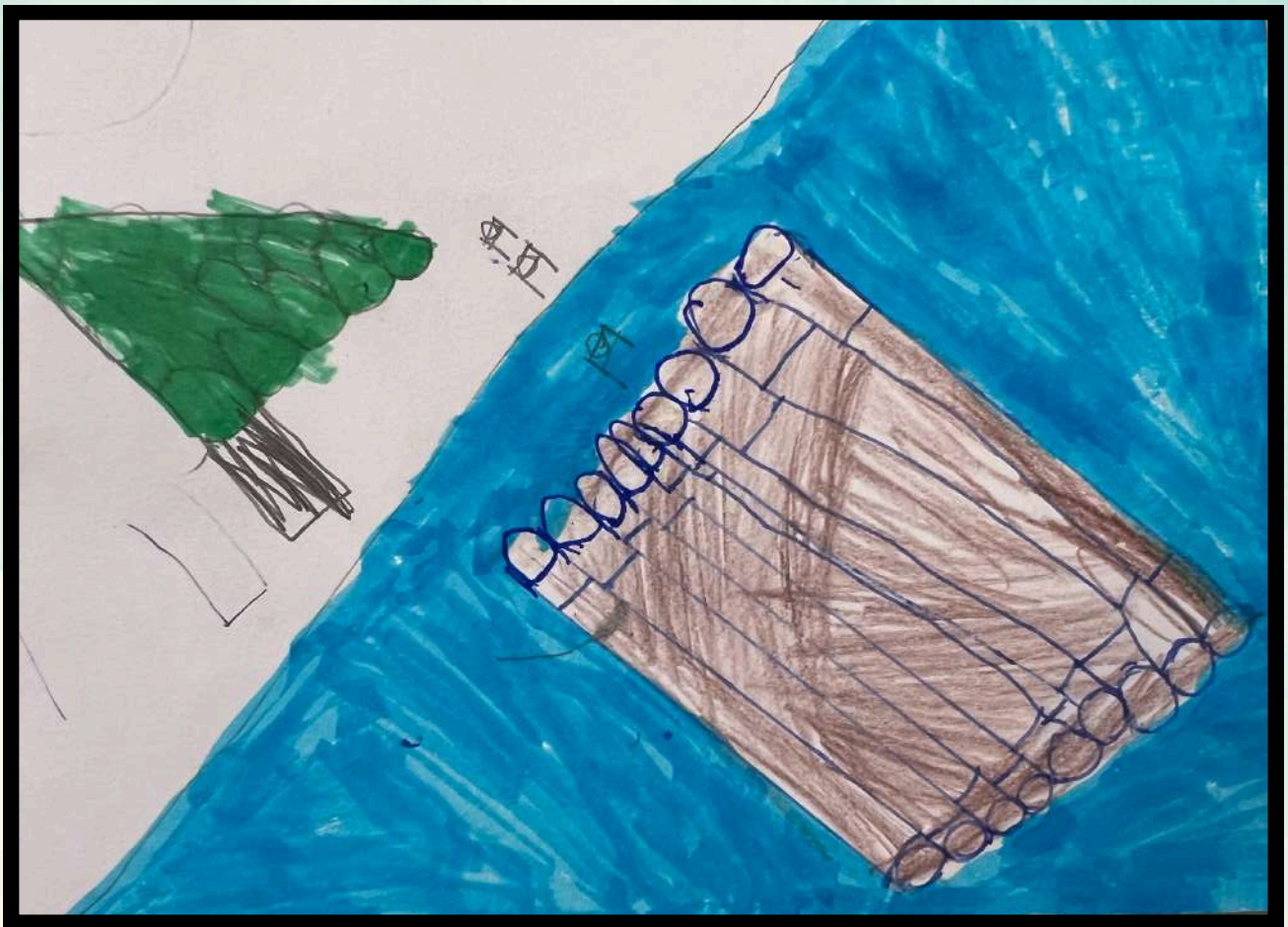
Luzie W.



Decidimos seguir con mi idea. Los tres fuimos a buscar troncos para la balsa y hojas para la vela. Un marinero buscó los troncos, el otro recolectó las hojas, y yo me encargué de ensamblarlo todo. Uno de los marineros encontró una flauta mágica que podía hacer que soplara el viento. Justo cuando estábamos por partir, los monos nos atacaron de nuevo, pero esta vez solo querían nuestra ayuda. Así que les dijimos que sí. Tuvimos que buscar más troncos y hojas para ellos.

A la mañana siguiente, planeábamos ir a Bagdad. Cuando estábamos a punto de zarpar, apareció el gigante, pero por suerte no nos atrapó.

Vicente M.



Luego de una larga discusión entre los tres, decidimos elegir mi idea. A la mañana siguiente, el monstruo nos miró fijamente y se fue. Luego, nos dirigimos a la playa, donde encontramos un montículo de cosas y fuimos rápidamente a ver qué contenía. Revolvimos y encontramos una piedra brillante. Tratamos de entender qué función tenía, pero no servía para nada. Hasta que uno de nosotros gritó, y una ráfaga de viento pasó frente a nosotros. Nos dimos cuenta de que, si hacíamos ruido, ráfagas de viento aparecían, así que la guardamos.

Después buscamos madera y una hoja de un árbol gigante. Uno de nosotros propuso cazar un mono y usar su piel para hacer cuerdas con las que atar la balsa. Aceptamos, y el marinero hizo una lanza y fue a cazar. Una hora después, trajo un gran mono, le sacó la piel con un cuchillo que le había regalado su mamá, la cortó en tiras y las convirtió en cuerdas. Luego hicimos la balsa y la escondimos para que los monos no nos la robaran.

Una vez terminada, volvimos al palacio para que el monstruo no sospechara. Esa misma noche cocinamos la carne y la comimos toda. A la mañana siguiente, el monstruo no estaba, así que aprovechamos para ir a la balsa. Cuando llegamos al lugar donde la habíamos escondido, la tomamos y zarpamos al mar, rumbo a una isla cercana. Una vez que llegamos a la isla, nos dimos cuenta de que era la misma de la que habíamos escapado. Volvimos a zarpar y nuevamente llegamos a la misma isla. Repetimos esto tantas veces que ya había caído la noche. El monstruo apareció y nos comió de un solo bocado. Yo logré sobrevivir, pero quedé atrapado en la isla y nunca pude escapar.

Agustín G.



Tras una discusión, mis marineros y yo decidimos hacer dos de las opciones, y luego se nos ocurrió otra idea entre todos. Como vimos que cuando el monstruo se comió al capitán no tenía dientes, decidimos revisar en su excremento para ver si el capitán estaba allí. Si no lo encontrábamos, habíamos elegido la opción de matarlo. También habíamos dicho de abrirlo y ver si el capitán estaba adentro, y luego hacer una balsa.

Como el capitán había muerto, reclamé el puesto y les ordené que buscaran madera, hojas grandes y lianas para unir la madera con el resto de los materiales. Después fuimos a matar al monstruo, y adivinen qué pasó: ¡el capitán estaba dentro del monstruo! Me felicitó por mi buen trabajo como capitán de reemplazo. Le mostramos la balsa y, por tercera vez, escapamos felices de una isla peligrosa.

Bautista C.

